



## Asha Ismail Hussein, a survivor

Fernando Álvarez Uría<sup>1</sup>; Patricia Castillo Burgos<sup>2</sup>; Blanca de Miguel Cabrejas<sup>3</sup>; Rocío del Pilar Cerro Tardón<sup>4</sup>

Recibido: 20 de junio de 2017 / Revisado: 4 de septiembre de 2017 / Aceptado: 30 de septiembre de 2017 [Open peer reviews](#)

**Abstract.** Fortunately, clitoral ablation is now a receding practice, but it is still practiced in around 30 countries in the Sahel strip, from Somalia to Senegal. This kind of violence affects 3 million girls every year in Africa and the Middle East, having affected 125 million women. Western European ethnocentrism too often makes invisible the women suffering this violence, which is both physical and symbolic. Once again, critical sociology tries to respond to the social demand of making visible what is invisible—on this occasion resorting to life stories, such as the one of Asha Ismail Hussein—and hence contribute to banish the intolerable situations from society.

**Keywords:** clitoral ablation; genital mutilation; life story; violence.

## [es] Asha Ismail Hussein, una sobreviviente

**Resumen.** La ablación de clítoris es en la actualidad una práctica afortunadamente en retroceso, pero que aún se practica en unos 30 países de la banda del Sahel, desde Somalia a Senegal. Se trata por tanto de una violencia que sufren cada año 3 millones de niñas de África y de Oriente Próximo, y que afecta a 125 millones de mujeres. El etnocentrismo europeo, occidental convierte en demasiadas ocasiones en mujeres invisibles a las mujeres que son objeto a la vez de esta violencia física y simbólica. En este sentido una vez más la sociología crítica trata de responder, mediante el recurso a las historias de vida, a los relatos de vida como el de Asha Ismail Hussein, a una demanda social para tratar de hacer visible lo invisible, y contribuir así a desterrar lo intolerable de nuestro panorama social.

**Palabras clave:** ablación de clítoris; mutilación genital; relato de vida; violencia.

**Sumario.** 1. Introducción; 2. Relato de vida de Asha Ismail Hussein.

**Cómo citar:** Álvarez Uría, F. *et al.* “Asha Ismail Hussein, a survivor”: *Teknokultura*, vol. 14 (2) 2017, pp. 373-381.

<sup>1</sup> Universidad Complutense de Madrid (España).  
E-mail: [furia@cps.ucm.es](mailto:furia@cps.ucm.es)

<sup>2</sup> Universidad Complutense de Madrid (España).

<sup>3</sup> Universidad Complutense de Madrid (España).

<sup>4</sup> Universidad Complutense de Madrid (España).



## 1. Introducción

Asha Ismail Hussein es una sobreviviente. Ha padecido y sufrido la mutilación genital femenina y es la creadora de la ONG *Save a Girl, Save a Generation*, que está salvando a muchas chicas de la mutilación genital femenina e informando de lo que es esta práctica, cómo afecta y cómo podemos contribuir a erradicarla.

El relato de vida de Asha Ismail Hussein ha sido recogido por las autoras, estudiantes de la Facultad de Psicología de la UCM durante el curso académico 2015-2016 en el marco de las prácticas de la asignatura “Bases antropológicas y sociológicas de la conducta”, impartida por el Profesor de sociología Fernando Álvarez-Uría.

## 2. Relato de vida de Asha Ismail Hussein

Me llamo Asha Ismail Hussein y tengo 47 años, o eso creo. Digo creo porque exactamente no sé cuándo nací. Los nacimientos entonces en Kenia no se registraban. Había una cartilla del hospital de una vacuna que estaba medio rota, que usé cuando tuve que sacarme el DNI, porque era necesario presentar una fecha de nacimiento. Pero ahí ponía solo el año y mi madre no sabía si yo tenía dos semanas, tres semanas, tres meses... o un año cuando me vacunó. Así que según ese año, yo lo puse como mi año de nacimiento. La edad a la que te dan el DNI en Kenia, que lo llaman *identity card*, es a los dieciocho. Entonces claro, ya habían pasado muchas lluvias. Mi madre me decía, “sí, tu eres de la edad de la hija de fulanita”. Al nombrar la gente de mi misma edad que iba conmigo a clase pues calculé, y con eso y la cartilla, pues puse mi año de nacimiento: 1968. Más tarde, me puse también fecha de nacimiento. Elegí

el 27 de septiembre porque es un mes después del cumpleaños de mi exmarido. Así que ya llevo 22 años celebrando mi cumpleaños, pues hasta el momento nunca lo celebré. No se llevaba registro de los nacimientos porque entonces el gobierno era nuevo, se había separado de la colonización de los ingleses en 1963. A partir de ahí... pues gobierno nuevo, aunque al anterior tampoco le importaban los nacimientos. Y la verdad es que ese papel para mi madre tampoco es que significara nada. De hecho la edad para ellos no tiene ninguna importancia. Por eso muchos inmigrantes de África que llegan a Europa y consiguen papeles les ponen como fecha de nacimiento el uno de enero, porque ellos tampoco lo saben. ¡Hay millones! Ahora, con las generaciones jóvenes, se lleva bien el registro.

Otro problema muy grave de no tener partida de nacimiento ni de defunción (porque la mayoría de las muertes tampoco se registran), es que muchísimas niñas, mujeres, se mueren por maltrato, se mueren por culpa de la mutilación genital femenina, mujeres que a la hora de parir se mueren y finalmente ese tipo de muertes no quedan registradas. Cuando la OMS va a buscar datos, dice que no existen, pero hay millones de casos de mujeres que han muerto así y ni siquiera el gobierno lo sabe. La gente que vivía en el país estaba más o menos calculada, entonces hacían un censo cada diez años creo, por el que iban a todos los pueblos preguntando por toda la gente que vivía, los que habían nacido y los que habían muerto. Más o menos sí sabían cuanta gente había en el país.

Yo nací en Kenia, en el noroeste, en la parte pegada a Somalia, que si veis la frontera en un mapa pues se ve que es una línea totalmente recta. Esas fronteras las puso la reina de Inglaterra porque cuando tuvo que empezar a repartir dividió Somalia, por así decirlo. La gente que vive a ambos lados de la frontera es somalí. Pero hay somalís de Somalia y somalís de Kenia. Lo mismo que pasa con los massai, que hay massais de Tanzania y de Kenia.

De hecho ellos, lo que es la documentación, los papeles, y todo eso para cruzar fronteras, no lo conocen. Son gente que se mueve mucho, ahora hay más seguridad por temas de terrorismo, pero antiguamente no se conocía lo de los papeles, ellos estaban en su tierra.

Bueno, en mi provincia, que es muy grande y en toda Somalia, existe la práctica de la mutilación genital femenina. Casi el cien por cien de la población allí cree y practica la mutilación genital femenina. Para ellos significa pureza, purificación para la niña, porque lo que llevas ahí abajo es algo sucio y se quita para purificarla. Pero no solamente lo somalís lo practican, lo practican los massai, lo practican otras tribus. Por ejemplo, en Kenia hay 45 tribus de las que catorce o quince practican la mutilación genital femenina en diferentes grados, de diferente manera. Hay casos en los que solo se extirpa el clítoris, otros extirpan los labios mayores, menores, otros lo quitan todo y no lo cosen o lo cosen... Cada uno tiene su rito, es un ritual por el que tienen que pasar todas las niñas. No solamente en Kenia, también en Tanzania, en Uganda, Senegal, Chad, Sierra Leona... Así hasta 28 países, aunque no en todos se practica en todo el país, pero en Somalia es en todo el país, y en Sudán y Etiopía en casi todo el país.

Por ejemplo, en mi caso... Bueno yo no me suelo llamar víctima de la mutilación genital femenina Yo me considero una sobreviviente porque hay gente que no ha podido sobrevivir, pero yo estoy viva para poder hablar de ello y poder contar lo que he vivido y lo que me ha pasado. Soy sobreviviente, y así es como me gusta que me llamen. Porque odio que me consideren una víctima. Yo no soy víctima de nadie. Ni que me miren con ojos de pena.

Tenía cinco años cuando sufrí la mutilación genital femenina, pero depende de la tribu, del clan, se puede realizar desde que eres un bebé hasta casi el día de la boda. Y el casamiento también, dependiendo de la cultura y de la religión que tienen, te casan en una edad u otra. Hay niñas que se casan muy, muy jóvenes. Hay culturas que cuando tienen la primera regla ya tienen que tener marido. Hay niñas que tienen la regla con nueve años y otras con quince. Depende de la cultura. La mía, en Somalia, la mutilación se realiza de pequeña, no de bebé. Hay otras en que se extirpa el clítoris de bebé porque dicen que es menos doloroso, y menos traumático. Nosotros los somalís, ocurre de cinco a doce años. Siempre intentan que sea antes de ninguna regla, antes de que sea más grande o la niña empiece a descubrir sus órganos, porque es la edad en la que empiezan a tocarse y claro: “antes de que descubra eso hay que limpiarla”.

Entonces, ¿qué pasó? Pues que cuando tenía yo más o menos cinco años fuimos de viaje desde mi casa hasta casi la frontera de Kenia y Etiopía, donde vivían mis abuelos. El propósito del viaje era que me iban a purificar, pero yo iba emocionadísima y muy feliz. Llegamos, bien, y el día de mi supuesta purificación yo me desperté muy pronto porque no podía dormir, estaba muy nerviosa, era como aquí la noche de reyes, o esperar a tu comunión. Yo no sabía lo que me iba a pasar, pero sabía que era un día muy especial, que me iba a cambiar la vida, que iba a dejar de ser impura. Pero yo no tenía ni idea de en qué consistía.

Me acuerdo que mi madre puso agua a hervir, y me llevó al baño, y me lavó ella, porque yo, cuando me bañaba, me echaba el cubo encima y fuera. Así que me lavó ella, y me puso un vestido muy cortito. Como ya había amanecido me mandó a comprar la cuchilla. Y la casa de mi abuela para que os hagáis una idea, es toda de barro, y el techo de paja, y tiene habitaciones, una de ellas la usan como cocina. Es igual que las otras habitaciones, solo que le dan el uso de cocina, y allí estaba la leña y todo.

Enfrente de la casa había una tienda, que abría muy temprano, antes del primer rezo de mañana, y me mandó a esa tienda a comprar dos cuchillas. Yo volví muy contenta y en la cocina estaba mi abuela sentada, y habían hecho un agujero en el suelo. Mi abuela estaba sentada con las piernas abiertas en el borde del agujero, y había otra señora muy vieja y muy fea junto a mi madre.

Cuando entré mi madre me quitó la ropa interior, allí yo ya me asusté un poco. Mi abuela me cogió y me abrió las piernas con las suyas, y me agarró los brazos. Entonces yo estaba totalmente inmovilizada y empecé a gritar. Todavía no sabía lo que iba a pasar pero grité, y me metieron un trapo en la boca para que no se escucharan mis gritos, porque gritar es mostrar debilidad, y una mujer somalí no puede mostrar su debilidad. Eso yo no lo sabía, ya más tarde lo entendí, bueno, no lo entendí, encontré la explicación, porque en ese momento no entendía nada, y lo único que quería era gritar. Y no podía gritar porque me encontraba con un trapo enorme en mi boca que me ahogaba. Empiezan a cortar. Yo no sabía lo que estaban cortando, lo único que sentía era la cuchilla, el sonido de la cuchilla cortando mi piel, mi carne, lo escuchaba. Y cada vez que lo cuento, cada vez que hablo de ello, yo intento no emocionarme, pero cada vez que hablo del tema yo vuelvo a ser aquella niña, y lo vivo, y lo siento. Entonces me cortaban, me cortaban, me cortaban..., y supongo que grité, pero no me acuerdo de más.

Me habían practicado la infibulación, un tipo de mutilación genital femenina que averigüé, ya después de investigar, que consiste en que te extirpan completamente

clítoris, labios mayores, menores, y luego lo que es la piel te la juntan y la cosen. Hay gente que lo hace con pinchos, grapas caseras, de cualquier manera que puedan juntarla. Nunca me explicaron nada. Investigando yo entendí muchas cosas, bueno no lo entendí, supe lo que era, la explicación de todo aquello. En mi caso fue con aguja e hilo, así es como me cosieron, me pusieron puntos, no sé cuántos, pero su intención era que quedase un agujero muy pequeñito, del tamaño de una cerilla, cuanto más pequeño mejor. Ese agujerito se supone que es por el que tienes que hacer tus necesidades. Si tienes que hacer pis, si te llega la regla tiene que salir por ahí. Pero estás completamente sellada, cerrada. Se supone que cuanto más pequeño más pura. El motivo de las mutilaciones es para no sentir placer en las relaciones sexuales y para que tampoco haya ninguna penetración, hasta el día de tu boda. El caso es que te cosen, te cierran completamente, y te dejan un agujerito muy pequeñito. Cuando me terminaron de coser, yo notaba la aguja pasar y el hilo tirando.

Bueno, una vez que me cosieron, me llevaron a otra habitación entre dos personas y me tumbaron en un sitio plano, porque no puede ser un colchón ni nada, tiene que ser plano. Y ahí tienes que permanecer como mínimo dos semanas, tras eso vendrá la señora a mirarte, a ver si está completamente cerrado. No sólo me habían cosido con aguja e hilo, también habían echado una mezcla casera que consiste en una resina que sale de unos árboles, mezclada con no sé qué historia, bueno hasta leche creo que había, no lo sé. Pero olía fatal. Pues eso sirve como pegamento. También cuidan la dieta: para que no tengas que esforzarte cuando vas al baño, no te dan mucho líquido, para que tampoco tengas que hacer mucho pis.

Llega el primer pis, yo le dije a mi madre que quería ir al baño y me trajo un plástico que lo puso debajo. Yo tenía que ponerme de lado con las piernas rectas. La primera gota, porque además te sale gota que salió —no te sale mucho pis porque no hay espacio, me dolió tanto, me picó tanto, era como echar limón en una herida. Me dolió tanto que dije “¡Ya he terminado!”. Era tan doloroso que pensé “Lo siento mucho pero yo no meo más en mi vida”. Se ve que por la noche me lo hacía encima, porque eso ya no se puede controlar más.

A partir de ahí eso no es lo peor, eso es un dolor que se pasa. Pero lo que es de verdad el tormento en tu vida, la pesadilla en tu vida, es que los problemas psicológicos empiezan ahí. Porque eso es un dolor, una herida, pero se cura. Recuerdo que mi madre me decía que no me moviese porque si se me abría la señora vendría para hacerme otra vez lo mismo. Pensé “¿Otra vez? No, no. Yo me porto bien, yo no me muevo, esto tiene que curarse como sea”. Yo no me acuerdo pero ella me recordó cuando yo tuve una hija que le pregunté “¿Por qué me has hecho esto? Si yo tuviera una hija no le iba a hacer pasar por ese dolor”. Ella me lo contó cuando yo ya fui madre.

Pues ya, eso se cura, te van quitando los puntos, con un bastón puedes empezar a caminar poco a poco. Y al mes y pico, dependiendo de cómo te cicatriza, si no se infecta la herida, si no te sangra, depende de muchos factores, te puedes curar antes o después. Yo no me acuerdo exactamente cuánto tardé pero un mes y pico o así. Yo no tuve complicaciones, sangré, pero me volvieron a tapar con esa cosa para que no saliera.

Yo tuve mucha suerte, porque me hicieron la mutilación a mí sola. La mayoría de las veces para ahorrar dinero, porque a esas señoras les pagan por hacer su trabajo, juntan a unas cuantas niñas para que le hagan lo mismo y el precio así es menor. ¡Y utiliza la misma cuchilla para todas! ¡Imagínate las infecciones!

Gracias a Dios yo me curé. El único problema, el mayor problema que se generó a partir de ahí, fue ir al baño. Porque cuando iba a hacer pipí era mi pesadilla. Los baños allí son como los baños asiáticos, pero en casa de mi abuela solo había un agujero en el suelo con dos trozos de ladrillo donde pones los pies. Pues ahí podía sentarme yo una hora, me levantaba, y me temblaban los pies. ¿Por qué? Pues porque caían sobre todo gotitas, yo no terminaba de hacer pis. Cuando ya no me dolía, pues ¿qué hacía?: me ponía las bragas, y salía a jugar... Pero seguía goteando, entonces tenía las bragas oliendo fatal todo el día. De pequeña no te das cuenta, pero ya cuando tienes otra edad, catorce, quince años, te das cuenta de que eso molesta. Te encierras más. Te avergüenzas. No quieres salir, no quieres estar con nadie, ni siquiera con amigos. Mis amigos eran mi gato y las hormigas, no quieres estar con nadie. Además lo peor de eso es que yo no sabía si los demás se avergonzaban tanto de lo que pasaba. No entendía porque no me contaba nada ni siquiera mi propia hermana. Yo preguntaba: ¿A ti te pasa esto?, pero ella no respondía. Una de mis hermanas era mayor que yo pero no hablaba conmigo. Ni mis amigas ni nadie. Yo me rascaba y le preguntaba “Tú te rascas” Y ella decía “No”. Yo pensaba “algo raro debe pasar, debo ser un bicho raro, porque todo el mundo parece normal”. Yo cada vez me encerré más en mí misma. Ya cuando eres mayor pues te cuidas más, te pones una compresa, cuidas más tu higiene. Después llega la regla y es otra pesadilla, porque no sale como es debido, necesitaba dos aspirinas solo para que pudiese fluir bien. Mi madre me llevó una vez al médico porque me desmayé y le dijeron que mi menstruación no salía como era debido. Déjame abrir, cortarla. Y mi madre dijo que no. Me llevó de vuelta a casa y me dio medicamentos caseros, cosas que hacía ella, y las aspirinas, dos o tres veces al día, para que pudiese fluir. Creces con esa inseguridad, aprendes... No, te odias, sinceramente. Mi hermana y yo empezamos a hablar de estas cosas ya después de ser las dos madres. Me dice: “Sí, me rascaba, me rascaba tanto que me hacía agujeros en las bragas.”

Quizás uno de los mayores problemas de aquello fue no poder compartirlo con nadie, cuando éramos pequeñas no pudimos hablar de ello. Era algo tabú, no sé, estaba en nuestra mentalidad. Seguramente ella estaba sufriendo por su parte, pero ella era mi hermana mayor, debía protegerme, no podía alarmarme.

A mi hermana pequeña, ya fallecida, de la que yo era diez años mayor, cuando cumplió también cinco años mi madre decidió que había llegado el día de practicarle la mutilación genital femenina. En esa ocasión estábamos viviendo en la frontera de Kenia y Tanzania. Pero a mi hermana le practicaron la mutilación en un hospital de una ciudad de Tanzania, cerca del monte Kilimanjaro, era además un hospital misionero. Ahí lo hacían. Yo a mi hermana le decía: “Munna ni se te ocurra, Munna corre. ¿Sabes lo qué te van a hacer?” Bueno, yo ahí empecé a hablar: “Pues bueno, te van a hacer esto, y esto, y esto...”. Hasta que las mujeres vinieron a quejarse a mi madre. No me dejaban hablar con nadie. Pero mi hermana, con esa edad, no entendía lo que yo le estaba diciendo. Mi madre le decía “Te vamos a comprar un vestido nuevo...”.

Yo pensé hasta en ir a la policía, pero para qué iba a ir a policía si ni siquiera estaba prohibido. Entonces mi madre lo que hizo fue cerrarme con un candado dentro de casa, y ellos se fueron. Y ya por la tarde trajo a la niña mutilada. Me acuerdo de Munna con la mirada completamente cambiada, perdida. Y me acuerdo de llorar por no haber podido hacer nada. Murió en el año 2010. Tuvo muchísimos problemas con su primer parto. De hecho nació la niña y no le llegaba el oxígeno al cerebro, así que la niña nació, pero vivió 9 años mal. Era como un vegetal y falleció. Todo esto por

culpa de la mutilación genital femenina. Pero la persona con quién estaba, su marido, era la persona que ella eligió, y la familia lo aceptó.

Tuvo otro niño, que está vivo, y tres meses después, en África, mi hermana se puso enferma, y no paraba de decirnos “Estoy mala, estoy mala”. No la creímos, no nos lo tomamos en serio. Era más joven que nosotras, ¿quien iba a pensar que se iba a morir? No sé lo que falló en Munna, porque nunca tuvimos los partes médicos, y mi madre no fue a pedir nada, porque ella pensaba “ya ha muerto y Dios lo ha querido así”. Y nos hemos quedado siempre con esa angustia. Son cuestiones que aún tenemos pendientes de resolver.

Yo después de la mutilación genital volví a mojar la cama. Y eso que yo de bebé casi ni necesité pañales, pero después de aquello, con cinco años, volví a mojar la cama. Y me avergonzaba tanto, porque había que sacar el colchón y teníamos vecinos. Todos se reían “¡Mira la meona!”. Y seguí mojando la cama hasta muy mayor. Cuando fui a un colegio interno tuve que llevar plásticos. Con eso salía al paso, pero tenía que levantarme más pronto que las demás, no podía ducharme delante de las demás, te encierras. Y cada día más y más.

Como no existía internet, que hoy en día ofrece tanta información, yo lo poco que sabía de la mutilación lo supe hablando con otra gente, leyendo libros, siempre me preguntaba el por qué. Y se lo pregunté a mi madre:

—“¿A ti te dolió tanto?”

Y ella: “Pues claro, a mí me hicieron tal...”

—“¿Y entonces por qué me hiciste eso? ¿Por qué lo permitiste?”

—“Pues porque es un dolor que se pasa, luego estas bien, eres virgen, puedes conseguir un marido...”

Llegó un momento en mi vida que me habían metido tantas cosas en la cabeza que llegué a creérmelo. Hasta pensé que las que no lo habían practicado eran las malas chicas. Yo era una buena chica. Yo era pura. Nunca le reproché a mi madre nada, porque a pesar de que estaban practicando la mutilación genital femenina, su intención no era, ni es, hacer daño. Y de hecho estoy en contra de la ley de meter en la cárcel a aquellos que la practican, porque no es igual un delincuente que ella.

Ya sé que lo que están haciendo es malo, soy la primera persona que lo rechazó, e intentó entender el por qué. También intento educarla, informarla antes de tomar ninguna decisión.

Cuando ella está mutilando piensa que está actuando en beneficio de su hija

Porque quiere protegerla para que no sea rechazada en la comunidad, para que su hija encuentre un matrimonio, para que tenga el respeto dentro de su familia.

Mi madre ahora, cuando se sienta con otras señoras, discute con ellas, y me da a mí la razón. Constantemente dice que eran ignorantes. La última vez que la vi estaba discutiendo con señoras, pero, por ejemplo, en 2005 no pensaba igual; todavía le costaba entender mi decisión. Poco a poco se ha ido dando cuenta del error, y estas cosas me hacen muy feliz, me hace feliz pensar que muchas cosas sí han valido la pena. Era y es mi vida, y es una de las personas que más quiero además de mis hijos, y la más especial de toda mi historia.

Después cuando fui al instituto conocí a muchas chicas de todas las clases sociales. Era un internado, un “boarding school”. Teníamos tres meses de clase y uno de vacaciones. Como saqué muy buenas notas en primaria y allí después de primaria

hacen un examen como en la selectividad, luego según tus notas vas a un instituto o a otro. El instituto que yo había elegido era el Limuru Girl, que era el más prestigioso de Kenia, pero carísimo. Entonces mis padres no podían pagarlo pero gracias a ser la primera chica en la provincia que había conseguido la mejor nota tuve una beca. Así que fui. Y aunque parecía algo estupendo fue una pesadilla.

Mi padre me compró una maleta de metal, con flores azules grande, un candado grande y una lista de las cosas que había que llevar obligatoriamente, aunque tu podías llevar muchas más cosas, claro. Tres pares de bragas, con el nombre cosido, botas de lluvia, otras botas, la falda, el *blazer*, que era una chaquetita en la que ponía el logo de allí al estilo de uniforme británico, una corbata, dos pares de uniformes, dos toallas, etc. La maleta estaba llena y yo estaba orgullósísima. Nunca había tenido que comprar tanto en la vida.

Fuimos al colegio, yo con mi uniforme nuevo, y de camino al instituto empecé a ver pasar los coches. La verdad es que solo faltaba que pasaran limusinas por allí. Era todo increíble y nosotros, mi padre y yo, íbamos a pie caminando por la calle. Mi padre llevaba mi maleta. Cuando empecé a ver a toda la gente con el uniforme y todas esas cosas de tanto nivel le dije a mi padre: “mira vamos al pueblo, volvemos al pueblo papá”. “¿Por qué?” respondió mi padre. “Pues porque se me ha olvidado una cosa” le dije. A mi padre, el pobre, le pesaba mucho la maleta, así que me ofreció ir él y quedarme yo en el Instituto. Rápidamente le dije: “No, no, no”. Y nos volvimos al pueblo. En cuanto llegamos le dije que me cambiase la maleta, que yo con esa maleta de lata con flores azules no entraba. Entonces mandé a mi padre buscar en todo aquel pueblo una maleta y encontró una de Samsonite, falsa, pero bueno, para mí era algo decente. Metimos todo en la maleta y volvimos al instituto. Ya caminar no me importaba porque no había nadie caminando por la calle, y encima yo ya tenía una maleta decente, aunque se me rompió muy pronto, pero bueno. Llegamos ahí y me di cuenta de que en mi clase había niñas, de lo que sería la “jet society” de Kenia. Porque las riquezas están mucho peor distribuidas allí, y los ricos de allí son mucho más ricos que aquí. O sea, la vida que viven, los coches que conducen, yo no he visto ese tipo de coches todavía en España. Y los pobres son muy pobres, claro.

Pues ahí estaban todas las hijas de los ricos. En mi clase se encontraban la nieta del antiguo presidente de Kenia, nietas de militares importantes, de generales, hijas de jefes, ministros e incluso de millonarios dueños de supermercados. Y luego estaba yo.

Mi padre era mecánico, pero era mecánico sin estudio alguno. Mi padre falleció el año pasado. Fue un gran hombre y le quería muchísimo. Sabía solo escribir su nombre para saber hacer su firma, pero era mecánico, y además muy bueno, de esos que desmontan un mercedes, un *land rober* o *land cruiser* y te lo montan en seguida. Buenísimo.

(Cuenta detalladamente la vida en el Instituto y cómo se fuga)

Mi madre ha sido ama de casa siempre. Y la jubilación ahí eran menos de 50 euros al mes. Allí el precio de la moneda es más bajo. Pero igualmente si tenías un trabajo con un sueldo digno. Entonces empecé a trabajar y a ayudar en casa porque mi padre ya estaba jubilado, no traía ingresos y además mi madre y él estaban separados. Mi padre tenía otra mujer y mi hermana también había conseguido trabajo en correos, y entre las dos pues ayudábamos a las dos familias más a nosotras mismas. Además ya tienes otra clase de vida, estás trabajando, pues tienes que comprar zapatitos, bolsos, ropa chula. Ahí vestías como si estuvieras en otra clase, se llamaba *working class level*. Otro nivel de vida, otros gastos. Pero bueno, lo manejábamos. Más o menos entre las dos lo llevábamos bien.



Tendría alrededor de los 19 años y a los 20 ya me casé. Y aquel hombre era mayor, pero mayor de tener canas y arrugas, a pesar de que a los negros les salen muy tarde las arrugas. Me casé en Somalia y allí se hizo la boda. Las bodas allí son diferentes. Hacen una cosa que se llama *meher* y se basa en que cuando viene el *cher* (cura), no hace falta que estés tú para que firmes el matrimonio, puede estar tu padre, tu hermano, un representante y el marido, es decir, que tu marido se puede estar casando con cualquiera de tu familia porque tú no estás ahí. Puedes estar también, pero si no estás no pasa nada, no eres imprescindible. Luego después te decoran, te ponen *henna* por todas partes, te dejan como una muñeca, y te llevan a su casa. En la casa te meten en la habitación, donde el marido se junta contigo. La gente sigue de fiesta ahí fuera en el patio. Pueden estar toda la noche de fiesta, aunque la razón real es esperar a ver si esa chica es realmente virgen o no. Igual que los gitanos. En eso somos muy parecidos, nuestra cultura es muy parecida a la de los gitanos.

Ya en la cama, él intentó penetrar, pero no pudo porque, obviamente, estaba eso demasiado cerrado. Entonces lo que suelen hacer es llamar a una señora que está preparada con una cuchilla para que entre y me abra y él se acueste conmigo. Fue un momento que no puedo describir. Horrible no, lo siguiente. Horroroso.

La misma noche que me abren nos acostamos. Fue terrible, por eso me llamo sobreviviente. Fue una experiencia, un momento en mi vida que no me gusta recordar.

Yo no tuve un psicólogo, por eso vosotras vais a ser futuras psicólogas y podéis hacer voluntariado allí, porque hay muchas personas como yo que lo necesitan. Hay muchas mujeres que han pasado por lo mismo y no han tenido esa ayuda.

Yo no dejé que esto le pasara a mi hija ni a muchas niñas y hago conferencias para que la gente tome conciencia. Y hay muchas mujeres como yo, muy valientes, y que son activistas, y luchan contra esto. El problema es que esto sigue ocurriendo igual que el matrimonio forzado, concertado, cada vez con menos edad, cuanto más joven mejor.

Llevo aquí en España viviendo desde el 2001, pero, igualmente, cuando me casé veníamos e íbamos de vacaciones. La primera vez que yo hablé en los medios aquí fue 1997. Y les decía, y sigo diciendo, que no piensen que es algo ajeno, que lo tendremos aquí si no tomamos medidas. Puede ser la hija de tu amiga o de tu vecina, la compañera del trabajo, etc. Y lo que le pasa a una mujer igual que con la violencia machista nos afecta a todos, no porque seas roja, amarilla o negra. Ahora estoy intentando que llegue al Parlamento, que se hable en todos los sitios, sin tapujos, y que se haga un seguimiento real. En Parla una vez me invitaron a dar una conferencia en un instituto y fui. Me gustaría ir más pero también están mis horarios de trabajo. Trabajo de 09:00 a 19:00. Soy una super mega recepcionista. Estoy en la recepción desde hace unos años. Yo siempre digo que me tienen por mi imagen; porque soy una mujer negra. Me encanta ser negra.

Ahora mismo considero España mi casa. He ido a Tanzania, Somalia, Kenia, Ecuador. Por Europa tampoco he viajado mucho. Llegó la crisis y no se puede viajar. Viajaré cuando mis hijos se independicen. La mayor está independizada con su marido vasco y con su hija que ha tenido hace poco con 26 años. Pablito (1998) e Ismael (1995), ambos viven conmigo. Mis hijos tienen todo mi amor. Ellos han nacido en otro tipo de libertad. Son feministas también, y rechazan el machismo.

Con respecto al resto de mi familia, mi hermana mayor se casó en África, tuvo sus hijos allí y vino después a España, justo cuando estalló la guerra, llegando aquí como refugiados. Yo lo solicité. Su hija Amal también es una niña salvada, no pasó por la mutilación genital femenina. Y es que ya somos muchas las mujeres que queremos decidir sobre nuestras vidas.